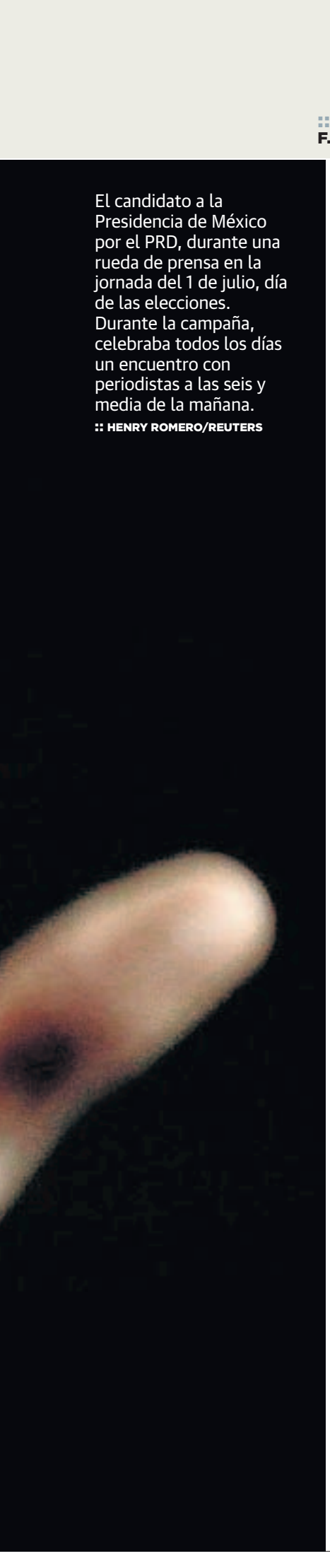

El candidato a la Presidencia de México por el PRD, durante una rueda de prensa en la jornada del 1 de julio, día de las elecciones. Durante la campaña, celebraba todos los días un encuentro con periodistas a las seis y media de la mañana.
:: HENRY ROMERO/REUTERS

:: ISABEL
F. BARBADILLO

A nadie deja indiferente y esa es, quizá, la mayor de sus virtudes. Partidarios y detractores le admiran y le odian con la misma intensidad, arrastrados todos por esa pasión con la que Andrés Manuel López Obrador (AMLO) se entrega a la política desde hace 35 años (tiene 58) y con la que consigue que miles de simpatizantes llenen las plazas de todo el país y escuchen sus discursos y sus chanzas sin siquiera pestañear. Un fenómeno de masas, un 'caudillo' populista que empezó en política desde abajo y ha escalado a las puertas del Palacio Presidencial de México con su carisma, su acento tabasqueño, su lucha infatigable y sus denuncias de fraude electoral.

El controvertido líder de la izquierda mexicana, exalcalde de Ciudad de México, no se resiste a perder, por segunda vez (la primera fue en el 2006), la presidencia de la República. Ha logrado, de momento, que se revise el escrutinio del 54% de los votos emitidos el pasado 1 de julio en las elecciones que dieron la victoria a Enrique Peña Nieto, con quien el PRI (Partido Revolucionario Institucional) retoma el poder tras dos sexenios desterrado por las urnas del Palacio Nacional, ese bello e imponente edificio en la capital construido por Hernán Cortés para segunda residencia privada y sede del Ejecutivo Federal desde que el país rompiera amarras con España, allá por 1821.

Andrés Manuel López Obrador tiene, por cierto, ascendencia española. Nacido en Macuspana, poblado de Tepetitán, en el distrito de Tabasco, el 13 de noviembre de 1953, y licenciado en Ciencias Políticas, es el mayor de los ocho hijos que trajeron al mundo Andrés López y Manuela Obrador, hija ella de un exiliado de la Guerra Civil española que se vio obligado a abandonar su localidad natal de Ampuero (Cantabria).

En Tabasco abunda el pejelagarto, un animal mitad pez, mitad lagarto del que proviene el apodo del 'Peje'. Así le llaman por todo México y lo ha asumido, pero dejando claro con su acento que conserva como símbolo de identidad, que de 'lagarto', nada de nada. «Me pueden decir peje, pero nunca lagarto. No soy incongruente o ratero», ha dicho en más de una ocasión. Hasta los más críticos admiten su honradez y bondad, aunque le acusen de no respetar la ley y las instituciones, de que le cueste escuchar a quienes piensan de forma diferente o de que vaya de progresista con ideas más propias de los partidos de la derecha. Porque, para bien o para mal, al Peje o AMLO los mexicanos le reconocen esas sólidas convicciones políticas con las que batalla por la redistribución de la riqueza, contra la corrupción en las administraciones públicas, el narcotráfico o a favor de los derechos indígenas.

Vivió en una choza

Con ellos, con las tribus chontales, fue como empezó su leyenda y su popularidad. Durante cinco años él y Rocío Beltrán, su difunta esposa y madre de tres de sus hijos (ahora está casado con una periodista con la que tiene un niño de 5 años, Jesús Ernesto, al que lleva a los mítines) vivieron en una choza y se empaparon de su miseria. Desde el cargo de coordinador del Instituto Indígena logró desarrollar una tecnología para que los campesinos pudieran sembrar sus cultivos en zonas con exceso de agua. Tenía 24 años y había entrado ya en política, en el histórico y conservador PRI, de la mano del poeta Carlos Pellicer, a quien apoyó cuando se presentó para senador por Tabasco.

Convertido en dirigente de la formación, a la que dotó de un nuevo himno, López Obrador acabaría por hacerles la vida imposible al exigir a los alcaldes ahorro en el gasto público y ejecución de las infraestructuras prometidas en campaña. Acabaron echándole. En 1988 funda, con otros priístas como Cuauhtémoc Cárdenas (tres veces candidato a presidente de México), el Partido de la Revolución Democrática (PRD). Es el principio de la reunificación de la izquierda y AMLO pelea por encabezarla. Organiza 'Marchas por la democracia' en protesta por las irregularidades electorales, o se entrega a la toma de pozos de Pemex para evitar la privatización de la petrolera y, después, para que pague más impuestos y respete el medio ambiente en el que viven muchos indígenas. El Gobierno envió a los policías para desalojarlos y El Peje apareció, en una imagen para la historia, en la portada del semanario 'Progreso' herido, descalabrado y con la camisa regada de sangre. Así empezó a ser idolatrado.

El más madrugador

Se hace oír, no con la guarura (silbato) que acostumbra a llevar en su bolsillo, sino con su voz potente y su desenfrenado discurso a favor de los pobres. Con ellos, con sus paisanos, comparte comidas típicas mexicanas en el recorrido (76.000 kilómetros, 400 mítines en cinco meses) de su primera campaña electoral a las presidenciales en el 2006. Lo mismo hizo este año, aunque rebajó el cuentakilómetros a 22.000, pero trabajando también 13 horas diarias.

Bebedor incansable de café y pozol (agua con cacao), forofo del béisbol, que aún practica (se jacta de batear más allá de los 300 metros) y amante de los boleros y la música tropical, López Obrador es, además, un hombre curtido en el arte de la diálectica, disciplinado, austero, madrugador (a los periodistas que cubrían su campaña les ofrecía todos los días una rueda de prensa a las 6.30 de la mañana) y populista hasta el extremo de que muchos de sus votantes rezan por él en las iglesias. Le arropan hombres, mujeres, estudiantes, ancianos y niños de todas las capas sociales, especialmente de las más deprimidas. A quienes le apoyan les llaman 'lopezobradoristas', más que perredistas (del PRD), porque él representa más que su partido. De ahí las críticas sobre su caudillismo, tanto dentro como fuera de la izquierda mexicana, y de ahí también su triunfalismo incorregible.

El periodista y escritor Emiliano Ruiz Parra, que cubrió la campaña de AMLO en el 2006, aún no se ha repuesto de la perplejidad que le causa el hecho de que López Obrador haya cometido en las presidenciales de este año el mismo error que en el 2006: «sentirse presidente antes de ganar las elecciones e incurrir en exceso de confianza». Ni su campaña pacificadora, a la que puso el lema de 'República Amorosa', ni su discurso de honestidad sirvieron, dice el periodista, para ganar, «tal era su convicción de que la presidencia estaba a la vuelta de la esquina», comenta en un amplio análisis sobre AMLO difundido en varios periódicos mexicanos. En él recoge también la opinión del novelista Jorge Volpi, que considera que «haber mandado al diablo a las instituciones y asumirse como presidente legítimo (en el 2006) constituyó una enorme irresponsabilidad política», a pesar de lo cual el escritor le ha vuelto a votar en estas elecciones.

En el 2006, que perdió solo por el 0,56% de los votos, la armó buena al autoproclamarse presidente y bloquear después durante meses la principal arteria de la capital mexicana. Ahora, que pierde por 6,5 puntos, ha solicitado que vuelva a repetirse el 'conteo' de los sufragios, tras acusar al presidente electo de pagar 1.000 pesos (8 dólares), a través de un vale para un supermercado, a quienes prometían votarle. Nada se sabe aún del futuro de este líder «peleón y político de alto riesgo», como él mismo se define.

AUSTERO Y COMBATIVO

Casado tras enviudar

Combativo, austero, y descendiente de un cántabro exiliado durante la Guerra Civil, Andrés Manuel López Obrador (AMLO) es hijo de una familia humilde. Convivió cinco años con los indígenas. Adora la comida mexicana y los boleros, es contrario al matrimonio homosexual y muy peleón contra la corrupción. Tras enviudar, se casó en el 2006 con una periodista quince años menor (ella tiene 43 y él, 58) con la que tiene un hijo.

Las cajas de la infamia

Ha organizado marchas por todo México, toma de pozos y denunciado fraudes electorales a mansalva. En 1994, exhibió las 'cajas de la infamia', 250, con documentos que acreditaron que el PRI gastó 70 millones de dólares en la campaña, más de lo que costó a Clinton la suya a la presidencia de los EE UU.

Gandhi y Juárez

En su despacho de la Alcaldía de Ciudad de México tenía colgados los retratos de Gandhi, el revolucionario Benito Juárez y el general Lázaro Cárdenas. Sobre su mesa, un libro con una inscripción en griego: «No solo de pan vive el hombre».

En mangas de camisa

No podría vivir sin oír la voz del pueblo y sus aplausos, sin lo que él llama la «vitamina P» (Pueblo). Levanta pasiones entre los congregados en plazas, a los que habla en mangas de camisa.

Una seguidora abraza a López Obrador en Veracruz. :: T. BRAVO/REUTERS